

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

NO TENGO OTRA HISTORIA.

¡Verdad, lector, que si yo encabezase estas líneas diciendo, por ejemplo: *Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, según San Mateo*, doblarías la hoja, y pasarías adelante.

Pues precisamente por eso no lo he hecho.

No te ofendas; pero, francamente, en esto de las lecturas, me acuerdo mucho de lo que le pasó una vez á cierto amigo mio, gran tocador de flauta. Había sido invitado á una reunion donde querian tener el gusto de oír sus habilidades. El hombre tenia sus pretensiones, porque se habia pasado *trinando* la mitad de su vida para llegar al pináculo del arte; así es, que lleno de satisfaccion al verse solicitado, accedió gustoso; y, llegada la hora, se presentó flauta en mano dispuesto á recoger aplausos.

El dueño de la casa, rico comerciante en tapiocas, recibió á mi amigo con los brazos abiertos; dióle gracias por su amabilidad, y le rogó empezase pronto; porque, como buen negociante, no gustaba de perder el tiempo.

Armado el instrumento, sacó mi amigo un rollo de papeles de música casi celestial; y, eligiendo unas variaciones difícilísimas, empezó á soplar como un desesperado llenando el espacio de escalas, notas y gorgoros.

Cuando terminó, tenia la lengua fuera. El pobre estaba algo obeso, y el trabajo era pesado.

—¡Cuanto siento que se fatigue V. tanto!, le dijo el señor de las tapiocas. —Descanse V., hombre, descanse V.; porque quiero que en seguida nos toque V. algo bueno.

—¿Y qué es lo bueno? preguntó mi pobre amigo, sintiendo caérsele todos los palos del sombrero.

—¡Hombre!; algo bueno, quiere decir, unas malagueñas, la jota aragonesa, ó cualquier otra friolera por el estilo.

No hay necesidad de decir cómo se pondría mi amigo. Tomó el sombrero, lanzó al comerciante una mirada de tigre en ayunas, y salió escapado como una centella.

Pues bien, querido lector; no me hagas á mí tambien tomar el sombrero, ó mejor dicho, dejar la pluma, y hacer contigo lo demás que hizo mi amigo el flautista.

Estamos en miércoles santo.

Buscar en este día frivolidades en los periódicos, es hacer poco más ó menos lo que el comerciante de tapiocas.

Dejemos por un día nuestra ligereza, y leamos la *Pasión de Cristo*; historia siempre antigua y siempre nueva; que jamás puede leerse sin sentir húmedos los ojos y enternecido el corazón.

Cristo murió por nosotros.

Para hoy no tengo otra historia que la historia de su muerte.

Leedla, y leedla una vez, y ciento. ¡Ojalá no se cayese jamás de vuestras manos! Bien pronto sentiríais los efectos en vuestro corazón.

Vosotros, los que buscáis el secreto de transformar la sociedad y hacer feliz al pueblo; al final de todos los evangelios, hallaréis lo que buscáis.

No dudadlo. ¿Sabéis de donde vienen las grandes desdichas de las que llamáis clases desheredadas? Del olvido en que intencionadamente las habeis sumido respecto á la vida y muerte del hijo de Dios.

No lo digo yo; lo dicen otros menos sospechosos que yo: lo dice el cronista de *La Liberté de Paris*, amigo vuestro, hablando de una nueva novela de Zola, en que el autor hace constar el estado de bestialidad á que han llegado los obreros de los grandes talleres, donde puede ya contemplarse al hombre convertido en bruto: inmoral é impio hasta la obscenidad, amenazador, desesperado, ansioso de goces, y sujeto al trabajo por mera necesidad como por una cadena que desea romper para lanzarse sobre la sociedad y devorarla.

Los personajes de Zola, dice el cronista, piensan como nuestros hombres políticos que combaten la enseñanza religiosa: de aquí su desgracia.

En este mundo todo es mentira, y no hay nada más allá de la muerte. Esta es la nueva doctrina que se les ha enseñado, y esta es su perdición.

Antes, el obrero miraba á su alrededor, y consideraba sus sufrimientos bajo otro aspecto.

El proletariado era muchas veces para el pobre, (si era honrado y virtuoso) motivo de consuelo, de esperanza y hasta de dulce bienestar.

Recordaba á un S. Honorio poniendo el pan en el horno; á un S. Crispin tirando de la aguja; á S. Crispiniano midiendo el cuero; á S. Eloy forjando sobre el yunque; á S. José, esposo de la Virgen Maria y descendiente de reyes como ella, desbastando la madera para ganar el pan.

Y, sobre todo, veía al gran modelo, al Divino Modelo, al maestro sublime que enseñó al hombre á trabajar y á sufrir, empezando por trabajar y sufrir él mismo que era Dios.

El sufrimiento es el patrimonio de la humanidad; es su carga, su castigo; es un dolor inherente á su naturaleza desquiciada, un misterio que solo ha podido descifrarlo el Verbo Encarnado, padeciendo y muriendo por nosotros.

Y no solo ha descifrado ese misterio de dolor, sino que nos ha descubierto su único remedio.

—¿Cuál?

La abnegacion propia; el sacrificio voluntario.

¡Sacrificio! He aquí la clave de todos los progresos de la humanidad. He aquí la fórmula que el hombre hallará siempre escrita en la última página del gran libro, del libro de la sabiduría.

Cristo padeció, murió y resucitó.

Fué un testamento vivo, escrito con sangre para que no fuese olvidado.

Fué una leccion sublime que salvó al mundo.

Nos demostró que el origen del mal es el pecado; nos animó á sufrir el castigo sufriendole él mismo sin merecerlo por redimirnos y alentarnos; y, por último, nos consoló profetizándonos el fin seguro de nuestras penas si le seguimos por el camino de la abnegacion.

¡Oh, Maestro, que padeces para enseñar, mueres para salvar y resucitas para consolar! ¡Bendito seas! Bien claramente se comprende por qué los hombres y los pueblos cuando se apartan de tí no saben ya ni esperar ni sufrir; y que, por consiguiente, tampoco saben vivir, puesto que la vida solo consiste en sufrir y esperar.

¡Pobre pueblo! Los hijos de la mentira han querido que olvidases estas cosas.

¡Ay de tí, si las olvidas!

Jamás hallarás en todos sus pomposos libros y periódicos, escritos para seducirte y explotarte, una sola palabra de esperanza ó de consuelo.

No la hallarás, porque en ellos no hay ni una palabra de verdad.

Sí; ciencia moderna, racionalismo pomposo y cacareado; no eres más que una vieja meretriz vestida de moda, para seducir incautos.

Te conozco. Cuanto dices y enseñas es mentira, pura farsa. En sesenta siglos aun no has sabido decirnos ni por qué sufrimos, ni cuando descansaremos.

Tu enseñanza es la desesperacion; porque no tienes para nosotros mas que dos palabras repugnantes: *fatalidad, muerte*, y despues nada.

Mi maestro Divino me ha enseñado otras dos más racionales y dignas de mí, que soy una inteligencia que piensa, un corazón que ama, una razon que espera.

Esas palabras son: *expiacion y justicia*; despues *amor* por toda una eternidad.

Esto me explica á Dios, y me prueba que es mi padre.

Esto explica mi existencia, que no se aviene con menos que ser la de un hijo.

Esto explica mis ansias por conseguir una cosa que no es nada de lo que veo.

En fin, esto me lo explica todo; y al explicármelo, derrama sobre mi corazón cansado el bálsamo de la vida, el único capaz de calmar nuestros dolores.

¡Oh! Pasión de Cristo, vida de Cristo, muerte de Cristo, resurreccion de Cristo! en tí está todo. Tú eres el eje de la vida;

tú eres el nervio de la verdadera, de la única, de la posible civilización.

000

Ruego á mis queridos lectores que lean lo que sigue. No teman el cansancio; léanlo despacio, que ya recogerán el fruto.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos:

Sabeis que de aquí á dos dias será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás, y tuvieron consejo para prender á Jesús con engaño, y hacerle morir. Mas decian: No en el dia de la fiesta, porque acaso no sucediese alboroto en el pueblo. Y estando Jesús en Bethania en casa de Simon el leproso, se llegó á él una mujer que traia un vaso de alabastro de unguento precioso, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando recostado á la mesa. Y cuando lo vieron sus discípulos, se indignaron diciendo: ¿Aqué fin este desperdicio? porque podia esto venderse en mucho precio, y darse á los pobres. Lo cual entendiendo Jesús les dijo: ¿Por qué molestais á esa mujer, y *reprobais lo que hace*, siendo buena como es la obra que ha hecho conmigo? Pues á los pobres los teneis siempre á mano; mas á mí no me teneis siempre. Y derramando ella sobre mi cuerpo este bálsamo, lo ha hecho como para disponer de antemano mi sepultura. En verdad os digo, que do quiera que se predique el Evangelio, *que lo será* en todo el mundo, se celebrará tambien en memoria suya lo que acaba de hacer. Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fué á verse con los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué quereis darme, y yo le pondré en vuestras manos? Y se convinieron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando coyuntura favorable para hacer la traicion. Instando el primer dia de los ácidos, acudieron los discípulos á Jesús, y le preguntaron: ¿Dónde quieres que te dispongamos la cena de la Pascua? Jesús les respondió: Id á la ciudad en casa de tal persona, y dadle este recado: El Maestro dice: Mi tiempo se acerca: voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Hicieron pues los discípulos lo que Jesús ordenó, y prepararon lo necesario para la Pascua. Puesto ya el sol, púsose á la mesa con sus doce discípulos, y estando ya comiendo, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me hará traicion. Y ellos afligidos sobremanera, empezaron cada uno de por sí á preguntar: ¿Señor! ¿soy á caso yo? y él en respuesta dijo: El que meté conmigo la mano en el plato para mojar el pan, ese es el traidor. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, conforme está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado; mejor le fuera al tal si no hubiese jamás nacido! Y tomando la palabra Judas, que era el que le entregaba, dijo: ¿Soy quizá yo, Maestro? Y respondióle Jesús: tú lo has dicho: *tú eres*. Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo y partió, y dióselo á sus discípulos diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo. Y tomando el cáliz dió gracias, le bendijo y dióselo, diciendo: Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, *que será el sello* del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos para remision de los pecados. Y os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid, hasta el dia en que beba con vosotros del nuevo cáliz de delicias en el reino de mi Padre. Y dicho el himno de accion de gracias, salieron hacia el monte de los Olivos. Entonces dícele Jesús: Todos vosotros padecereis escándalo por ocasion de mí esta noche, *y me abandonareis*. Por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño. Mas en resucitando yo iré delante de vosotros en Galilea. *donde volveré á reuniros*. Pedro respondiendo, le dijo: Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré *yo ni te abandonaré*. Replicole Jesús: Pues yo te aseguro con toda la verdad, que esta misma noche, antes que cante el gallo, has de renegar de mí tres veces. A lo que dijo Pedro: Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré. Eso mismo protestaron todos los discípulos. Entretanto llegó Jesús con ellos á una granja llamada Getsemaní, y les dijo: Sentaos aquí mientras yo voy más allá, y hago oracion. Y llevándose consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, empezó á entristecerse y angustiarse. Y les dijo entonces: Mi alma siente angustias mortales: aguardad aquí, y velad conmigo. Y adelantándose algunos pasos se postró en tierra, caido sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mio, si es posible no me hagas beber este cáliz; pero no obstante no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Volvió despues á sus discípulos, y los halló durmiendo; y dijo á Pedro: ¿Es posible que no hayais podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentacion. Que si bien el espíritu está pronto, mas la carne es flaca. Volvióse de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: Padre

mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad. Dió despues otra vuelta, y encontrólos dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se retiró aun á orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió á sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad: he aquí que llegó ya la hora, y el Hijo del hombre va luego á ser entregado en manos de los pecadores. *Ea, levantaos, vamos de aquí*: ya llega aquel que me ha de entregar. Aun no habia acabado de decir esto, cuando llegó Judas, uno de los doce, seguido de gran multitud de gentes armadas con espadas y con palos, que venian enviadas por los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos ó *senadores* del pueblo. El traidor les habia dado esta seña: Aquel á quien yo besare, ese es, asegurado. Arrimándose pues luego á Jesús, dijo: Dios te guarde, Maestro; y le besó. Díjole Jesús: O amigo, ¿á qué has venido aquí? Llegáronse entonces los demás, y echaron la mano á Jesús y le prendieron. Y hé aquí que uno de los que estaban con Jesús, tirando de la espada, hirió á un criado del príncipe de los sacerdotes, cortándole una oreja. Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que se sirvieren de la espada por su propia autoridad, á espada morirán. ¿Piensas que no puedo acudir á mi Padre, y pondrá en el momento á mi disposicion más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, segun las cuales conviene que suceda así? En aquella hora dijo Jesús á aquel tropel de gentes: Como contra un ladrón ó asesino habeis salido con espadas y con palos á prenderme: cada dia estaba sentado entre vosotros enseñando en el templo, y nunca me prendisteis. Verdad es que todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos abandonándole, se huyeron. Y los que prendieron á Jesús le condujeron á casa de Caifás, que era sumo pontífice en aquel año, donde los escribas y los ancianos estaban congregados. Y Pedro le iba siguiendo de lejos hasta llegar al palacio del sumo pontífice. Y habiendo entrado, se estaba sentado con los sirvientes para ver el paradero de todo esto. Los príncipes pues de los sacerdotes y todo el concilio andaban buscando algun falso testimonio contra Jesús, para condenarle á muerte: y no le hallaban suficiente para esto: como quiera que muchos falsos testigos se hubiesen presentado. Por último, aparecieron dos falsos testigos, y dijéron, Este dijo: Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres dias. Entonces, poniéndose en pié el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes nada á lo que deponen estos contra tí? Pero Jesús permanecia en silencio. Y díjole el sumo sacerdote: Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo ó Mesías, el Hijo de Dios. Respondióle Jesús: Tú lo has dicho: *yo soy*. Y aun os declaro, que vereis despues á este Hijo del hombre, *que teneis delante*, sentado á la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo. A tal respuesta el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: Blasfemado ha: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia, *con que se hace Hijo de Dios*: ¿qué os parece? A lo que respondieron ellos diciendo: Reo es de muerte. Luego empezaron á escupirle en la cara y á maltratarle á puñadas; y otros, *despues de haberle vendido los ojos*, le daban bofetadas, diciendo: Cristo, profetizanos, adivina, ¿quién es el que te ha herido? Mientras tanto Pedro estaba sentado fuera en el atrio; y arrimándose á él una criada, le dijo: Tambien tú andabas con Jesús el Galileo. Pero él lo negó en presencia de todos diciendo: Ya no sé de qué te hablas. Y saliendo él al pórtico, le miró otra criada: y dijo á los que allí estaban: Este tambien se hallaba con Jesús Nazareno. Y negó segunda vez, afirmando con juramento: No conozco tal hombre. Poco despues se acercaron los circunstantes, y dijeron á Pedro: Seguramente eres tú tambien de ellos, porque tu misma habla de galileo te descubre. Entonces empezó á echarse sobre sí imprecaciones; y á jurar que no habia conocido tal hombre. Y al momento cantó el gallo. Con lo que se acordó Pedro de la proposicion que Jesús le habia dicho: Antes de cantar el gallo, renegarás de mí tres veces. Y saliéndose fuera, lloró amargamente. Venida la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús, para hacerle morir. Y declarándole reo de muerte, le condujeron atado, y entregaron al presidente ó gobernador, Poncio Pilato. Entonces Judas, el que le habia entregado, viendo á Jesús sentenciado, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente. A lo que dijeron ellos: A nosotros ¿qué nos importa? Allá te las hayas. Mas él, arrojando el dinero en el templo, se fué; y echándose un lazo, desesperado, se ahorcó. Pero los príncipes de los sacerdotes, recogidas las monedas, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro del templo, siendo como son precio de sangre: y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros. Por lo cual se llamó-

dicho campo Haceldama, esto es, campo de sangre, y así se llama hoy día. Con lo que vino á cumplirse lo que predijo el profeta Jeremias, que dice: Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto en venta, segun que fué valuado por los hijos de Israel; y empleáronlas en la compra del campo de un alfarero, como me lo ordenó el Señor. Fué pues Jesús presentado ante el presidente, y el presidente le interrogó diciendo: ¿Eres tú el rey de los Judios? Respondióle Jesús: Tú lo dices: *lo soy*. Y por más que le acusaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Por lo que Pilato le dijo: ¿No oyes de cuantas maneras te acusan? Pero él á nada contestó de cuanto le dijo; por manera que el presidente quedó en extremo maravillado. Acostumbraba el presidente conceder por razon de la fiesta de la Pascua la libertad de un reo, á eleccion del pueblo: y teniendo á la sazón en la cárcel á uno muy famoso, llamado Barrabás, preguntó Pilato á los que habian concurrido: ¿A quién quereis que os suelte, á Barrabás, ó á Jesús, que es llamado el Cristo ó Mesias? Porque sabia bien que se lo habian entregado los príncipes de los sacerdotes por envidia. Y estando él sentado en su tribunal, le envió á decir su mujer. No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa. Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo á que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es que preguntándoles el presidente otra vez, y diciendo: ¿A quién de los dos quereis que os suelte? respondieron ellos: á Barrabás. Replicóles Pilato: ¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. Y el presidente: Pero ¿qué mal ha hecho? Mas ellos comenzaron á gritar más diciendo: Sea crucificado. Con lo que viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os la veais vosotros. A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces les soltó á Barrabás; y á Jesús, despues de haberle hecho azotar, le entregó en sus manos para que fuese crucificado. En seguida los soldados del presidente, cogiendo á Jesús, y poniéndole en el pórtico del pretorio ó palacio de Pilato, juntaron al rededor de él la cohorte ó compañía toda entera, y desnudándole, le cubrieron con un manto de grana; y entretegiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por cetro en su mano derecha; y con la rodilla hincada en tierra le escarnecian diciendo: Dios te salve, rey de los judios. Y escupiéndole, tomaban la caña, y le herian en la cabeza. Y despues que así se mofaron de él, le quitaron el manto; y habiéndole puesto otra vez sus propios vestidos, le sacaron á crucificar. Al salir de la ciudad encontraron un hombre natural de Cyrene, llamado Simon, al cual obligaron á que cargase con la cruz de Jesús. Y llegados al lugar que se llama Gólgota, esto es, lugar del calvario ó de las calaveras, allí le dieron á beber vino mezclado con hiel; mas él habiéndolo probado, no quiso beberlo. Despues que le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. Con esto se cumplió la profecía que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica. Y sentándose junto á él le guardaban. Pusiéronle tambien sobre la cabeza estas palabras que denotaban la causa de su condenacion: Este es Jesús el rey de los judios. Al mismo tiempo fueron crucificados con él dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y los que pasaban por allí le blasfemaban y escarnecian, meneando la cabeza, y diciendo: Hola, tú que derribas el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate á tí mismo; si eres el Hijo de Dios descende de la cruz. De la misma manera tambien los príncipes de los sacerdotes, á una con los escribas y los ancianos, insultándolo, decian: A otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mismo: si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Él pone su confianza en Dios: pues si Dios le ama tanto, librele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios. Y eso mismo le echaban en cara aun los ladrones que estaban crucificados en su compañía. Mas desde la hora sexta hasta la hora de nona quedó toda la tierra cubierta de tinieblas. Y cerca de la hora nona exclamó Jesús con una gran voz diciendo: Eli, Eli, lamma sabac-thani? esto es: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Lo que oyendo algunos de los circunstantes decian: A Elias llama este. Y luego corriendo uno de ellos, tomó una esponja, empapóla en vinagre, y puesta en la punta de una caña, dábasela á chupar. Los otros decian: Dejád, veamos si viene Elias á librarle. Entonces Jesús, clamando de nuevo con una voz grande y sonora entregó su espíritu. Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de alto á bajo, y la tierra tembló, y se partieron las piedras y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habian muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros despues de la resurreccion de Jesús, vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos. Entretanto el cen-

turion y los que con él estaban guardando á Jesús, visto el terremoto y las cosas que sucedian, se llenaron de grande temor, y decian. Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios. Estaban tambien allí á lo lejos muchas mujeres, que habian seguido á Jesús desde Galilea para cuidar de su asistencia: de las cuales eran Maria Magdalena, y Maria madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo. Siendo ya tarde apareció un hombre rico, natural de Arimathea, llamado José, el cual era tambien discípulo de Jesús. Este se presentó á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús, el cual mandó Pilato que se le entregase. José pues, tomando el cuerpo de Jesús, envolviólo en una sábana limpia, y lo colocó en un sepulcro, que habia hecho abrir en una peña, y no habia servido todavia; y arrimando una gran piedra cerró la boca del sepulcro, y fuése. Estaban allí Maria Magdalena y la otra Maria sentadas en frente del sepulcro. Al día siguiente, que era el de despues de la preparacion del sábado ó el sábado mismo, acudieron juntos á Pilato los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavia en vida, dijo: Despues de los tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día; porque no vayan quizá de noche sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: Ha resucitado de entre los muertos; y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero. Respondióles Pilato: Ahí teneis la guardia, id, y ponedla como os parezca. Con eso yendo allá aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardas de vista.

Mas en la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana, vino Maria Magdalena, y la otra Maria á ver el sepulcro. Y habia habido un grande terremoto. Porque un ángel del Señor descendió del cielo: y llegando revolvió la piedra, y se sentó sobre ella: Y su aspecto era como un rayn-pago: y su vestidura como la nieve. Y de temor de él se asombraron los guardas, y quedaron como muertos. Mas el ángel tomando la palabra, dijo á las mujeres: No tengais miedo vosotras: porque sé, que buscais á Jesús, el que fué crucificado. No está aquí: porque ha resucitado, como dijo. Venid, y ved el lugar, donde habia sido puesto el Señor. E id luego, decid á sus discípulos que ha resucitado: y he aquí va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis. He aquí os lo he avisado de antemano. Y salieron al punto del sepulcro con miedo, y con gozo grande, y fueron corriendo á dar las nuevas á sus discípulos. Y he aquí Jesús les salió al encuentro, diciendo: Dios os guarde. Y ellas se llegaron á él, y abrazáronle sus piés, y le adoraron. Entonces les dijo Jesús: No tématis: Id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea, allí me verán. Y mientras ellas iban, he aquí algunos de los guardas fueron á la ciudad, y dieron aviso á los príncipes de los sacerdotes de todo lo que habia pasado. Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomado consejo, dieron una grande suma de dinero á los soldados, diciendo: Decid, que vinieron de noche sus discípulos, y lo hurtaron mientras que nosotros estábamos durmiendo. Y si llegare esto á oídos del presidente, nosotros se lo haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad. Y ellos tomando el dinero, lo hicieron conforme habian sido instruidos. Y esta voz, que se divulgó entre los Judios, dura hasta hoy día. Y los once discípulos se fueron á la Galilea al monte, á donde Jesús les habia mandado. Y cuando lo vieron le adoraron: más algunos dudaron. Y llegando Jesús les habló, diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo, y en la tierra. Id pues, y enseñad á todas las gentes: bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion del siglo.

NUESTRA SEÑORA DE LA FAMILIA.

LEYENDA.

Amel el pastor y Fenora la rubia, su mujer, vivian en la parroquia de San Viñol, hoy anegada, en la bahia de Gancale.

Fenora era buena y bonita. Amel fuerte y bueno. El llevaba la estatua de la Virgen en la procesion del 15 de Agosto. No tenían hijos, y esto les entristecía.

Cierto día que Amel volvía pensativo del monte, encontró á Fenora llorando, y comprendiendo el motivo, le dijo:

—Querida mía; teje un hermoso velo á la Virgen Maria; ya verás como en recompensa te envía un angelito á tu cuna para que lo mezas.

¿Pero cuándo ha discurrido un hombre una cosa antes que su mujer? Fenora tenia ya tejido el velo, más blanco que la nieve y tan trasparente como las nubes de verano.

La Virgen de San Viñol era riquísima, porque las gentes del pais la colmaban de regalos; pero al ver aquel velo precioso que habia allí puesto la piedad, se alegró y lo aceptó. Amel y Fenora tuvieron un niño, y la dicha se mecía en su cuna.

Cuando cumplió el niño nueve días, Fenora, que aun estaba debil, le cogió en sus brazos y le llevó al altar de la Virgen.

—Maria—dijo arrodillándose—hé aquí la alhajita que me habeis dado. Os la devolvemos ¡oh Madre!; sea para Vos, y que crezca vestido con vuestro traje celeste. ¡Miradle, Virgen bendita! Lo hemos llamado Raul, como se llamaba el padre de su padre. Miradle bien, para que le conozcáis el día que os necesite.

Amel respondió:

—Así sea.

Y el niño creció, vestido siempre con los colores celestes.

No se sabe si á causa de los pecados de los feligreses de San Viñol, ó á causa de los de otras parroquias de la costa, una noche de horrible desgracia el río creció como la leche hirviente que se escapa del vaso; el viento soplaba, la lluvia caía y la tierra temblaba; toda la llanura estaba cubierta de agua, y al amanecer se vió que no era el río el que se desbordaba, sino el mar.

Llegaba sombrío, impetuoso, revuelto. Rotas las barreras con que Dios detenía sus impetus, llegaba; pero ya no como mar, sino como diluvio.

La iglesia de San Viñol estaba situada en una altura. Los inundados se refugiaron en ella; pero Amel y Fenora se quedaron en la puerta de su casa, más alta aun que la iglesia.

Cuando les llegó el agua á la puerta, subieron al primer piso con el pequeño Raul; cuando llegó allí el agua, subieron al techo; pero también allí les siguió.

—Marido mio,—exclamó Fenora—alabado sea Dios; todos vamos á morir juntos.

—No—respondió Amel.

—¿Cómo! ¿Piensas abandonarnos?

El agua le tocaba ya; entonces añadió poniéndose en la punta del tejado:

—Coge á nuestro hijo, súbete con él encima de mí, que yo te ayudaré; pon tus piés en mis hombros y tente firme.

Fenora comprendió y se echó á llorar.

—¡No! ¡eso nunca!—exclamó.

—Date prisa, lo mando—dijo el padre.—Salvemnos al niño; sosteniéndote sobre mí durarás un instante más, y quizá se detenga el agua. Adios, muger mia; si muero y te salvas, dile que se acuerde de su padre.

Fenora obedeció, y cuando subió á los hombros de su marido, el agua cubrió la cabeza de éste.

Fenora, exhalando el corazón por los ojos, agarraba al niño. Cuando el agua llegó á su cintura, elevó al pequeño Raul, y despues de estrecharle contra su pecho, le dijo:

—Súbete encima de mí; pon los piés sobre mis hombros, y tente firme.

—¡Oh madre,—dijo el niño—no, no!

—Date prisa, lo mando; quizás el agua se detenga. Sosteniéndote sobre mí quizá dures un instante más, y si te salvas me alegraré infinito. Adios, hijo mio, corazón mio; acuerdate de tu padre y de tu madre.

No habló más porque el agua le tapó la boca.

Sólo quedó por cima de las olas la rubia cabecita de Raul y un pliegue de su traje azul que flotaba sobre las aguas.

Pero en aquel instante la Virgen de Viñol salía de la iglesia por la ventana más alta, abandonando su pedestal anegado para huir al cielo. Llevaba consigo todas las ofrendas que había recibido.

Al emprender su vuelo, vió la cabecita de Raul y el pliegue azul de su vestido. La Virgen se detuvo y exclamó:

—Ese niño es mio; quiero llevármelo también.

Y en efecto, le cogió por los cabellos creyendo llevarse fácilmente; pero el niño pesaba tanto que la Virgen tuvo que soltar todas las ofrendas para cogerle con ambas manos.

Cuando lo dejó todo, telas, coronas y alhajas, pudo levantar al niño, y comprendió por qué pesaba tanto. Su madre Fenora le agarraba con sus dedos moribundos, y el padre con sus dedos crispados agarraba á la madre.—¡Oh—dijo la Virgen contenta y conmovida al ver aquel racimo de corazones—qué cosas tan hermosas hace Dios en la tierra!

Y en un pliegue de su manto estrellado puso al padre con la madre y el niño, tres amores en uno, pues que no tienen mas que un non bre, la familia, nombre bendito en la tierra y en el cielo.

Esta historia se cuenta entre Cancale y Pontorson, ambos colocados frente al monte San Miguel.

Pablo Feval.

VARIEDADES.

Semana santa.

La Iglesia celebra hoy la entrada de Cristo en Jerusalem, y sus sencillas y sublimes ceremonias son el fiel recuerdo de los sucesos de aquel memorable día.

Empiezan aquellas con la bendición de los ramos y palmas; continúan con la procesion de éstos simbolizando la ovacion del pueblo judío; al volver la procesion, ciérranse las puertas de la iglesia, viva significacion de estar cerradas para nosotros las puertas del cielo por el pecado de Adán; y el subdiácono golpea con la cruz las puertas, que la muerte del Justo ha abierto para nuestra salvacion.

La semana que hoy se inaugura debemos pasarla en el recogimiento y fervor; debemos santificarla, porque en ella hay grandezas que honrar, como la entrada en Jerusalem; ternuras que pagar, como la institucion de la Eucaristia, y dolores que meditar, como la sagrada Pasion y muerte del Redentor.

Esta semana es también la que más nos santifica. No hay mejores

días para clamar misericordia que aquellos en que Cristo la pidió para nosotros, y sus heridas, su cruz y sus tormentos brotan torrentes de gracias que nos ofrecen tesoros inapreciables; es semana de mortificacion y penitencia, de fervor y compuncion.

Abstengámonos, pues, de las cosas mundanas, cerremos nuestro corazón á todo lo que no sea divino, inspirémonos en los dolores de Cristo, y, á él unidos, dediquémosle nuestra vida entera, porque en él solo encontraremos la paz, la gloria y la felicidad, constantes aspiraciones del hombre, tras las cuales corre desalado, extraviándose las más veces al buscarla, encontrando otras lo contrario de lo que su aña desea, tropezando y cayendo continuamente, porque, en su ceguedad, en todas partes pretende hallarlas ménos en Cristo, único sér en quien existen.

A PIO IX.

—0—

Sobre espinas, entre abrojos,
Caminaste por el mundo,
En penas siempre fecundo.
En tu carcel sin cerrojos
Perdieron la luz tus ojos,
Cansados de verter llanto,
No por tu propio quebranto,
Sí por ajenos desvios;
Que el llorar por los impios
Lo legó Dios á los santos.

Joaquina de Vera.

A una mujer vanidosa.

Esa soda que relaja
tus procederes cristianos,
es obra de unos gusanos
que labraron su mortaja.
También en la region baja
la tuya han de devorar:
¿de qué, pues, te has de jactar
ni en qué tus glorias consisten,
si unos gusanos te visten
y otros te han de desnudar?

PENSAMIENTO.

En el mundo hay dos clases de sabiduria: la de la ciencia y la de la virtud. La primera corresponde á la cabeza; la segunda al corazón. Aquella se aprende en los libros y es patrimonio de cualesquiera clase de hombres; ésta solo se aprende en el corazón de Cristo y es patrimonio de los santos.

Para percibir bien la diferencia que media entre una ciencia y otra, basta estudiar á los que las poseen.

Los que solo adquirieron la ciencia humana, pueden llegar á ser unos grandes sabios, sin dejar de ser unos grandes malvados.

Los que alcanzaron la divina, jamás dejan de ser virtuosos aunque no lleguen á ser científicos.

Los primeros, lejos de ser obstáculo, suelen ser causa de que la sociedad se corrompa.

Los segundos son siempre para la sociedad como la sal que preserva de la corrupcion.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada acción dá derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sean cincoscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Peninsula.	America.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 " " "	2 50
Un cuarto id.	1 " " "	1 25
Un octavo id.	50 cents. "	

Por medio de corresponsal 25 cents. de peseta mas por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Peninsula y Ultramar.